cramento del Altar, salimos todos en procesión. Procedamus in pace... Pueblo cristiano, adora por última vez á tu Dios sacramentado... ;Almas piadosas, ya no le recibiréis más en vuestro interior!... moribundos, ya no entrará más en vuestros aposentos!... Volvéis á este templo, y halláis los altares desnudos .. las luces apagadas.... el coro silencioso... el Sagrario desierto y abandonado... Llenos de tristeza y amargura, salís de este templo, y, al entrar en vuestra casa, la primera palabra que os dicen vuestros hijos es: Ubi est Deus tuus?... ¡Ah, decis ..: nuestro Dios se ha ido á otros pueblos más dignos de poseerle que nosotros...» (1).

f) Finalmente, cuando la guerra que se hace á la Iglesia Católica ó la particular que cada uno ha de sostener contra sus enemigos, llega á ser sumamente difícil de superar, por ser cruelmente abrumadora, entonces muévese la última pasión que es la ira santa que el cristiano fervoroso bien puede tener al presenciar grandes crímenes y maldades.

Jesucristo en el último sermón que predicó en el Templo, después de reprender de varias maueras á los escribas y fariseos, «dixit ad turbas et ad discipulos suos: Super cathedram Moysi sederunt Scribae et Pharisaei. Omnia quaecumque dixerint vobis, servate et facite: secundum opera vero eorum nolite facere: dicunt enim et non faciunt ... Vae autem vobis, Scribae et Pharisaei hypocritae, qui clauditis regnum coelorum ante homines, vos enim non intratis, nec introëuntes sinitis intrare. Vae vobis, Scribae et Pharisaei hypocritae... Vae vobis duces caeci... Stulti et caeci...». Y después de llamarlos siete veces hypocritue, y cinco veces caeci, y otra stulti et c ieci, añade: «Serpentes genimina viperarum, quomodo fugietis a judicio gehennae? Ideo acce ego mitto ad vos prophetas ... et ex illis occidetis, et crucifigetis ..: ut veniat super vos omnis sanguis justus qui effusus est super terram .. Amen dico vobis, venient haec omnia super generationem istam (Matth. XXIII)».

3 Alguno podría salir al encuentro de lo aquí escrito diciendo que el mover los afectos y las pasiones de los oyentes no debe ponerse como medio de persuadir, sino más bien por la persuasión misma, en razón de que el mover ya es persuadir. Para contestar á esta dificultad recuérdese que, según se probó al principio de este libro, el persuadir se toma non ab actu, sino ab effectu, esto es, en el sentido de mover eficazmente al oyente á que ponga en realidad por obra lo que se predica. Y esto es así porque puede muy bien darse, y con harta frecuencia se palpa, que los oyentes se mueven al llanto de sus pecados y á ciertos deseos de llevar vida cristiana, y con todo siguen en sus abominaciones. Pero esto puede acontecer ó por culpa del predicador ó por hacerse sordos los mismos oyentes á los silbidos amorosos y solícitos de la gracia divina: porque, ¿quién convertirá al que no quiere convertirse? 6, como dice el Señor por el profeta Amós: ¿Acaso pueden correr los caballos entre peñas, ó se puede arar con indómitos búfalos? (1).

Art. II.—Fuentes para los movimientos psicagógicos de la Oratoria Sagrada: Gracias gratis dadas.—Figuras retóricas.—Sentimientos.

Las fuentes ó lugares de donde el predicador puede sacar fuerza para rendir á los que le escuchan unas son intrinsecas al mismo orador, como el ingenio, imaginativa, sentimiento, etc., otras son extrínsecas; de éstas unas son naturales, y son los lugares de que ya hemos hablado, y otras son sobrenaturales dadas gratuitamente por el Espíritu Santo.

1 Las fuentes sobrenaturales de persuasión son las nueve gracias gratis dadas que enumera San Pablo (2), y explica por magnífica manera Santo Tomás (3), y sirven para que uno pueda instruir á otro en las cosas divinas suprarracionales, enseñándole y persuadiéndole á un mismo tiempo, aunque sin virtud para mover interiormente, porque esto es cosa exclusiva de Dios, sino enseñando y persuadiendo exteriormente. La gracia gratis dada debe tener, por tanto, cuanto el hombre necesita para instruir y mover á otro en lo que á donde no llegan por sí solas las fuerzas y sabiduría humanas.

Para coadyuvar, pues, el predicador á estas gracias tan elevadas y tan divinas necesita de tres cosas: 1.ª Ha de estar

<sup>(1)</sup> V. Arte Pastoral. Tomo I. Fiesta del Corpus. Barcelona. 1862.

<sup>(1)</sup> Amos, VI.

<sup>(2)</sup> I. Cor. XII.

Summ. Theol. 1.4 2.4 q. 111, art. 4.-De divisione gratiae gratis datae.

lleno de ciencia teológica, para que pueda enseñar á otros; 2.ª Lo que sabe acerca de Dios debe confirmarlo ó probarlo, de lo contrario no sería eficaz su doctrina; 3.ª Lo que concibe en su mente ha de mani estarlo convenientemente á sus oyentes.

a) Para lo primero se requieren tres cualidades, como en todo magisterio; 1.º Que tenga certeza en los principios de la ciencia; y en cuanto á esto se pone la gracia de la fe, que es la certeza de las cosas invisibles, las cuales se suponen como principios indemostrables en la doctrina católica. 2.º Ha de tener conocimiento y habilidad en las principales conclusiones de lo que enseña, para lo cual se señala la gracia de la sabiduría que es el conocimiento de las cosas divinas. 3.º Conviene que abunde en ejemplos y en el conocimiento de los efectos para la más clara manifestación de las causas; y esto es propio de la gracia de la ciencia, que es el conocimiento de las cosas humanas ó creadas, según aquello de que invisibilia Dei per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur (Rom. 1. 20)».

Los dones de le y de sabiduria á nadie fueron más abundantemente comunicados que á los bienaventurados Apóstoles, llenos del Espíritu Santo que les inspiraba por sí mismo las verdades de nuestra Santa Fe. y les descubría los grandes conocimientos que habían ellos de enseñar á todas las naciones de la tierra, las que, al fin, acabarían por convertirse á la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo (V. Act. Apost.)

convertirse à la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo (V. Act. Apost.)

El Ven. P Antonio M.º Clarct, fué sobre manera bendecido por Dios con el don maravilloso de sensibilizar con ejemplos y semejanzas y parábolas de cosas visibles los más altos misterios invisibles del Señor: y este don le fué reconocido en todos los pueblos donde el V. Padre predicó la Palabra Divina

b) Demás de esto, así como las ciencias humanas se demuestran con argumentos inventados por la misma razón del hombre, así lo que es propio de la revelación divina debe confirmarse sobre todo por lo que es exclusivo de la virtud de Dios (1). Esto puede hacerse de dos maneras: 1.º Obrando el predicador en sus sermones lo que solo Dios puede obrar, como son los milagros; tanto si es curando los cuerpos enfermos (gratia sanitatum), como si solamente se ordenan á manifestar la Omnipotencia divina, como sería detener el sol en su curso, oscurecer sus rayos, etc., etc., (operatio virtutum). 2.º Manifestando en el sermón lo que solamente el Señor puede saber, tales son los futuros contingentes; y esto lo hace la gracia de profecía, ó, lo que también es propio de Dios, el escudriñar los corazones, que lo hace la gracia de discreción de espíritus.

El Apóstol San Pablo, sosteniendo en Troade una larga disputa, resucitó á un joven que, dejándose llevar del sueño durante el sermón, se cayó de una ventana, y en la caída quedó muerto. El Santo, interrumpiendo el discurso, bajó á donde estaba el cadáver, «icubuit super eum, et complexus, dixu: Nolle turbori, anima enim ipsius in ipso est. (Act. Apost IX)».

—El Bto. Diego de Cádiz (1), predicando en una plaza de Córdoba, hizo que, durante el sermón, las nubes sin cortarse lloviesen solamente al rededor de la gente que le escuchaba, sin mojar á nadie de ellos, habiendo durado el sermón siete cuartos de hora y la lluvia algunos días (2).

—El Ven. P. Claret, en el púlpito de Santa María del Mar de Barcelona, interrumpiendo exabrupto el sermón, exclamó tres veces: «¡Spiritus Domini super me!... ¡Spiritus Domini super me!... ¡Spiritus Domini super me!... Es tan cierto lo que digo, como dentro de poco vendrá sobre esta ciudad un temporal que causará graves perjuicios». Y sucedió al pie de la letra (3).

—El mismo Apóstol catalán manifestó tener discreción de espiritus cuando en Viladrau (Gerona) dijo á su auditorio: «Tocaría con el dedo á aquellos de entre vosotros que están en pecado mortal». Y en varias ocasiones probó bien poseer esta gracia tan á propósito para abatir los corazones más empecatados y empedernidos (4).

c) Por último, el predicador ha de saber comunicarse convenientemente al auditorio; y esto puede atenderse cuanto al idioma en que se habla, de tal modo que lo puedan en-

<sup>(1)</sup> No se olvide, no obstante, que aun las verdades reveladas que exceden la capacidad humana pueden confirmarse, supu sta à lo menos la revelación de su existencia, de una manera indirecta y por medios humanos, y las otras verdades que con ser reveladas no traspasan los alcances de nuestra inteligencia, pueden probarse por los mismos medios humanos que las demás verdades cientificas.

<sup>(1)</sup> Nació en Cádiz en el año 1743, y vistio el hábito de los Franciscanos Capuchines, siendo el més hermoso remate del turbulento siglo xvIII. Escribió acinco tomos de sermones sobre varios asuntos; otros seis tomos inéditos (en 1814) que contienen unos 800 sermones y pueden llamarse Silva Concionatoria, y algunos otros de asuntos diversos. No hamos podido haber más que sus Oraciones fúnebres y Panegicios. Murio en 1801

<sup>(2)</sup> V. El Misionero Capuchino o Vida del P. Diego de Cádiz, por el P. Herdales. 1811.

<sup>(3)</sup> V. Vida del P. Claret, por el P. Mariano Aguilar.

<sup>(4)</sup> Ubi supra.

tender todos los que le escuchan, aunque sean de diversas naciones y lenguajes; y á este intento se pone la gracia de lenguas (genera linguarum); y además que sepa discernir lo más oportuno y eficaz para el provecho de los mismos oyentes; y esto lo consigue el don de la palabra (interpretatio sermonum): por el cual don el Predicador, apoderándose del corazón de los oyentes, los doblega y subyuga al cumplimiento de los preceptos del Señor, y los encamina bien por las sendas de la salvación eterna (1).

Don de lenguas tuvieron, según nadie ignora, los gloriosos Apóstoles y los otros muchos discípulos del Señor que en el día de Pentecostés recibieron al Espíritu Santo en figuras de lenguas de fuego; y con este don pud eron predicar victoriosamente á los muchos extranjeros que vinieron á Jerusalén para las fiestas de la Pascua. (Act. Apostol).

—Más tarde el Señor ha comunicado el don de lenguas á los insignes españoles San Vicente Ferrer (1350-1419), San Francisco Javier (1506-1552) y San Luis Bertrán († 1581); y algunos creen que también fué favorecido con este don el Bto. José Diego de Cádiz.

—Por fin, á San Vicente Ferrer dió el Señor plenamente el donum sermonis; pues á las veces le «inspirava Dios lo que avía de dezir á propósito á convenzer á los judíos y á los moros... y le hazía predicar lo que antes no havía pensado. .» Así no es maravilla que convirtiese á más de 25.000 judíos y 18.000 moros, sólo en España.

Y aunque este don nos lo da graciosamente el Señor, por aquello de que, según hemos repetido tantas veces: Nisi corda auditorum Spiritus Sanctus repleat, ad aures corporis vox docentium incassum sonat, cuidemos de no poner impedimento á estas gracias por nuestros pecados, antes demos entrada libre á todas las bendiciones divinas.

2 Las fuentes ó lugares extrínsecos pero del orden natural de donde el Orador podrá sacar grandes movimientos y gran fuerza para persuadir con viveza son los varios modos de figuras retóricas con que se puede facilmente amplificar cualquier pensamiento ó afecto del alma, y en especial sirven las figuras que algunos llaman patéticas, de las cuales hablaremos al tratar del lenguaje oratorio en el capítulo siguiente, á donde llamamos al lector estudioso.

3 Pero lo que ayuda más que nada (después de la gracia de Dios) para rendir los ánimos es, sin duda, el que nosotros mismos estemos antes con vehemencia conmovidos.

Nuestra conmoción de sentimientos puede ser *natural* ó verdadera y *artificial* ó fingida.

a) Cuanto á la primera, que es la natural, dice así Quintiliano: «La suma, según todo lo que yo alcanzo, de mover los ánimos consiste en que esté dentro de sí movido el que quiera mover á los otros. Porque la imitación del llanto, del enojo, de la cólera, etc., será ridícula, si á las voces y al semblante no acompaña también el ánimo movido. En efecto: ¿De qué otro principio nace que los que lloran penetrados de un verdadero reciente dolor, expliquen con tanto acierto y viveza sus quejas, y que la ira vuelva, á veces, elocuentes á los ignorantes, sino de la fuerza interior del ánimo y de la verdad misma de los afectos de que están poseídos? ¿Acaso se dolerá el que me oyere, no doliéndome yo cuando lo digo?... ¿Sacará lágrimas á los oyentes quien les habla con ojos enjutos? Es imposible. Porque no enciende sino el fuego, ni humedece sino el agua, ni hay cosa que dé á otra el color que ella no tiene... (Retór. de Granada)». Y esto es lo que Horacio enseñó á los Pisones.

Aun suponiendo que el predicador está verdaderamente afectado, debe, no obstante, regularizar los movimientos de su alma agitada. Nos parece muy prudente esta regla breve que da Bravo y Tudela en su *Tratado de la Predicación Cristiana*: «Aun cuando se traten en el púlpito asuntos terribles, deben emplearse (de ordinario) en el exordio movimientos dulces, en la peroración vehementes y apasionados, y en el cuerpo del discurso una mezcla prudente de unos y otros (1)». Pero de esto se hablará más en la tercera parte.

b) A pesar de lo dicho ahora no hay que ocultar que algunas veces el orador se halla en la necesidad perentoria de perorar, y su ánimo está en aquellos momentos refractario á todo sentimiento de ternura, de alegría ó de tristeza, etcétera, etc. Para estas ocasiones no poco angustiosas pregunta

<sup>(1)</sup> V. lo dicho en el cap. Il art. 1.º de esta parte.

<sup>(1)</sup> Tit. I, c. 6.-Madrid 1866.

el Retórico Calagurritano: «¿Cómo se hará para que nos conmovamos, no estando en nuestra mano los movimientos del ánimo? Probaré, dice, hablar también de esto. Entonces no hay más recurso que por la imaginación nos hemos de representar en el ánimo las imágenes de las cosas ausentes, que parezca que las miramos con los ojos, y que realmente las tenemos presentes. Aquel que las concibiere bien será eficacísimo para mover los afectos... Cuando fuere necesaria la compasión, pensemos que á nosotros mismos ha acontecido aquello de que nos quejamos, y persuadámoslo á nuestro ánimo... No tratemos la cosa como ajena: tomemos, por un poco de tiempo como propio aquel dolor. De esta manera hablaremos como hablaríamos si nos hallásemos en semejante caso. Vi muchas veces á comediantes salir del teatro aun llorando, después de haber representado algún papel muy tierno. Pues, si en los escritos ajenos sola la pronunciación acompaña así los afectos fingidos, ¿qué haremos nosotros que debemos pensar aquellas cosas (para poder movernos) como si estuviésemos en el lugar de los que peligran?» (Retór. del Padre Granada).

Los Santos y todos los predicadores fervorosos preparaban su alma, y excitaban los afectos de su corazón (que habían de comunicar á sus oyentes) con ayunos y disciplinas y vigilias y meditaciones y oraciones humildes al Señor, pasando largos ratos delante de un Crucifijo ó al pie del altar, llamando en su auxilio al Divino Maestro encerrado en el Sagrario; ó pedían la bendición á la Virgen Madre de Dios, como lo hizo el Ven. Duns Escoto, diciéndole con confianza: «Dignare me laudare te, Virgo Sacrata. Y con estas bendiciones celestiales el Predicador un poco antes lleno de tedio é insensibilidad siente bastante entusiasmo para subir al púlpito á donde le llama su misión divina.

## CAPÍTULO VI

Ne la palabra exterior en relación con los conceptos, imágenes y sentimientos exteriores

Con lo expuesto en los capítulos anteriores, quedan explicadas las facultades de *ingenio*, *imaginación* y *sentimiento* que en el orador requieren Capmany y otros autores que han andado sobre sus huellas. Ahora exige la fuerza lógica del discurso, que estudiemos la palabra exterior en cuanto es medio mágico con que la Divina Providencia enriqueció al hombre, para el fin de que éste pueda comunicar por manera cabal y admirable á sus semejantes «los resultados de la gloriosa elaboración del entendimiento», y los afectos que alegran ó entristecen su corazón naturalmente expansivo (1).

Cúmplenos advertir que, conforme enseñamos al principio, siendo la Oratoria esencial y absolutamente distinta de la Retórica, que suponemos estudiada y sabida por los alumnos que se dedican á la Oratoria Sagrada, y, por otra parte, siendo cosa admitida y corriente que toda ciencia inferior no prueba los principios de otra ciencia ó arte superior en que se apoya, sino que los supone, como la música, pongo por caso, no repite ni demuestra los principios de aritmética en que aquélla tiene su fundamento, aquí sólo tocaremos de la Gramática y de la Retórica lo más preciso y rigurosamente aplicable á nuestro intento.

<sup>(1)</sup> En este capítulo estudiaremos la palabra exterior en cuanto es inmediata significación de la palabra interior, dejando para la *Pronunciación* el estudio de la roz en cuanto expresa el significado de la misma palabra exterior.